AMÁN Y MARDOQUEO
Ó
LA HORCA PARA SU DUEÑO
DEL DR. D. FELIPE GODINEZ

PERSONAS

El rey Assuero, galán.
Amán, galán.
Egeo, galán.
Mardoqueo, barba.

La reina Ester, dama.
Zarés, dama.
Estela, dama.
Balda, graciosa.

Cambises, galán.
Darío, galán.
Alfajad, gracioso.
Atac, vejete.—Criados.

JORNADA PRIMERA

Salen por un lado el rey Assuero y acompañamiento, y por el otro Amán y acompañamiento.

Salón.

Amán. Gran Artajerjes Assuero,
soberano emperador
de los persas, que señor
de vos solo es lo primero,
siendo á vuestras aras propia
la víctima y el tributo:
sois dueño tan absoluto
desde la India á Etiopia,
que á vuestro yugo feliz
no hay en ciento veintisiete
provincias, quien no sujete
el alma con la cerviz.
Alegres, á un tiempo graves,
no al sol que esperan, no al alba,
á vos solo hacen la salva
los clarines y las aves.
De más vistosas colores
festivas, que se han vestido
las flores, que han merecido
ser de vuestras plantas flores;
pero teme mi cuidado,
á vuestra salud atento,
la razón del argumento
de que así hayáis madrugado.
Apenas en el Oriente
se ve el primer arrebol,
cuando pone rubio el sol
por veros, más diligente,
los caballos á su coche;
y esto es pagar todavía
á las tristezas del día
los desvelos de la noche;
que como en este concierto
del reloj maravilloso
del cuerpo y alma, es forzoso
lo suspendido ó lo muerto;
el sueño ha de suspender
el ejercicio vital
de los sentidos, y es tal,
que no se pueden mover.
Como instrumentos unidos,
acordes inteligencias,
son ruedas de las potencias,
sin dar cuerda á los sentidos:
luego sin causa y efeto....

Rey. Amán, yo salgo al camino:
¿por qué, á costa de lo fino,
queréis lograr lo discreto?
Pues cuando en estrecho lazo
al pecho uniros pensé,
vos, resistiendo á esta fe,
me dilatáis el abrazo
que espero ya deseoso.

Amán. Vos también me dilatáis
el decirme cómo estáis,
por responder ingenioso.
Saber de vos deseaba,
con afecto no pequeño,
cómo os fué, señor, de sueño.

Rey. Eso, Amán, ello se estaba
por mí y por vos respondido,
que no pudiera, por Dios,
pasar la noche sin vos,
si no la hubiera dormido.
¡Oh Amán! ¡Oh qué alegre me hallo
en teneros (perdonad
un descuido de amistad):
iba á decir por vasallo!
¡Oh cómo me hallo contento
en teneros por amigo!
¡Y qué poco es lo que digo
á vista de lo que siento!

No ignoro con cuánto estudio
queréis que olvide á Bastí,
á quien amé, y á quien dí
libelo ya de repudio.
Y así me divierto ahora
en aquesta aldea, donde
á mis suspiros responde
con ecos de aves la aurora.
Mas yo, que contra el olvido
lograr finezas deseo,
por olvidarla, no veo
las damas que la han servido
sino cubiertas con velos;
porque Bastí repudiada,
quiero que esté castigada,
pero no que tenga celos.

AMÁN. ¿Pensásteis que vencedor
de dos mundos Persia os mire,
y que vencido os retire
la fuerza de un ciego amor?
Vos llamásteis cuidadoso
á Bastí, y ella no quiso
obedecer el preciso
imperio de un rey su esposo.
Perdió, por inobediente,
ser reina; nadie la abone,
porque más feliz corone
la real diadema otra frente.
Y así, llore arrepentida
y confiese castigada,
que quien no vino llamada
no debe ser escogida.
No vuelva Bastí á reinar.

CAMBISES. Ya es ese, Amán, mucho empeño;
el rey puede, como dueño,
perdonar y castigar;
dadle, pues, consejo sano,
y advertid, que están presentes
dos príncipes muy parientes
de Bastí.

REY. De muy villano
habrá aquí quien os arguya.
Amán es mi amigo fiel,
y no hay más príncipe que él
en mi presencia y la suya.
Fíjese en público edicto,
quede ley establecida
desde hoy, pena de la vida,
como si fuera delito
contra mi propia persona,
que príncipes y señores,
grandes, nobles y menores
sujetos á mi corona,
cuantos en mi corte están,
aldea, ciudad ó villa,
hinquen todos la rodilla
siempre que vieren á Amán.

CAMBISES. (Aquí no hay más recompensa
que disimular:) apelo *(Ap. á Darío.)*
no á la justicia del Cielo,
sino al rigor de mi ofensa.

DARÍO. (Cambises, que muera Amán, *(Ap. á Camb.)*
y aun el Rey, sólo es remedio,
valiéndonos por el medio
de Farés y Bagatán,
dos porteros de palacio.)

CAMBISES. Darío, tan alta empresa
ha de ejecutarse apriesa
y consultarse despacio.

(Vanse Cambises y Darío.)

AMÁN. Esta aun no es satisfacción.

REY. ¿Egeo?

EGEO. El Rey me ha llamado.
(Ap.) (La rodilla he reservado
para mejor ocasión.)

REY. Amán es mi amigo, y veo
que lo es vuestro; quiero, pues,
que consultemos los tres
esto, que acertar deseo.
Á vos, cuando amigo os llamo,
quejoso os puedo tener,
pues aun no he dado á entender,
Amán, todo lo que os amo.
¿Vos no queréis que Bastí
vuelva á reinar?

AMÁN. Señor, nó.

REY. Pues así lo mando yo:
¿queréis que me case?

AMÁN. Sí.

REY. Así se haga también:
¿queréis que haga reina luégo?

AMÁN. Señor, sí.

REY. Yo quiero ciego
cuanto os parezca á vos bien:
guiadme, pues sois mi norte.

EGEO. Señor, no está el cetro real
con su decoro cabal,
faltando al Rey su consorte.
Promulgad luégo una ley
mandando que las doncellas
de todo el reino, más bellas,
vengan delante del Rey.
Y pues sois dueño de todas,
elegid de todas una,
por méritos y fortuna,
más digna de vuestras bodas.

AMÁN. Este consejo me agrada.

REY. Egeo, vos sois prudente,
calzad alas diligente,
ministro de esta embajada;
mi paraninfo os he hecho,
anunciadlo á la dichosa
que ha de ser reina y mi esposa.

EGEO. *(Ap.)* (No sé qué siento en el pecho,
que sueño, aunque en forma humana,
que soy paraninfo alado
y paraninfo enviado
á reina más soberana;
reina digo, á cuyos pies,
de suprema jerarquía,
me envía un gran rey, me envía
quien por sí mismo es lo que es.
Y por ser la majestad,
que repudió la arrogancia,
hallará menos distancia
en la mayor humildad.)

REY. Egeo, ¿en qué os suspendéis?

EGEO. En una sagrada idea
quedé elevado.

REY. Tal sea
la reina, que os elevéis;
pues gracia en mi mente halló,
aun antes que se declare,
porque una mujer repare
lo que otra mujer perdió.
Y así, para aqueste empleo
le dad galas, con que pueda
parecer reina. *(Vase Egeo.)*

AMÁN. Esto queda
del modo que yo deseo.
REY. Atendedme, pues, ahora.
¿Quién es aquella Diana,
que salió tan de mañana
en traje de cazadora?
AMÁN. Bastí, señor, que se ha puesto
delante de vos, y está
tan soberbia, que se va.
REY. Seguiréla yo.
AMÁN. ¿Qué es esto?
REY. El primer paso, no más,
dará por verla mi amor.
AMÁN. Si dais un paso, señor,
daréis todos los demás.
Así se eslabona el mundo,
que si del paso primero
paso al segundo, al tercero
pasaré desde el segundo.
Y así, el primero no paso,
porque sucesivamente
de cada paso al siguiente
no hay más que dar que aquel paso.
Bastí, soberbia beldad,
os dió en recíproca unión,
no fruto de bendición,
sino hijos de vanidad.
Pues ¿quién no renunció astuto,
apesar de las congojas,
una yedra, que da hojas,
por una vid, que da fruto?
REY. Pues, Amán, de mí inferid,
supuesto que no soy piedra,
que pues repudié la yedra,
me abrazaré con la vid. *(Vanse.)*

Exterior de la casa de Mardoqueo.

Salen ALFAJAD y BALDA, de villanos.

BALDA. Yo no sé qué os diga.
ALFAJAD. Balda, al buen callar
díz que llaman Sancho,
cosquillosa andáis,
que es á la trocada
lo de Menga y Bras.
BALDA. ¿No repudió el Rey
á Bastí, Alfajad?
ALFAJAD. Los niños lo cantan,
repudiada está.
BALDA. Pues, marido, vos
os determinad,
que hoy en todo el día
me heis de repudiar.
Ahora no quiero,
sin que me digáis
cúya es esta casa,
que tiene detrás
esa huerta.
ALFAJAD. ¿Yo?
BALDA. Si no, reparad
que aquí está el garrote,
y os he de cascar.
ALFAJAD. ¿No hay misericordia?
BALDA. Josticia es lo que hay:
heis aquí la vara.
ALFAJAD. Si no la arrimáis,
yo no he de contallo. *(Arrima la vara.)*
BALDA. Pus de cuento va.
ALFAJAD. Pus no va de cuento.
BALDA. ¿Hay más de tomar
otra vez la vara? *(Tómala.)*
ALFAJAD. Mujer, la verdad
os diré de plano.
BALDA. Vuélvola á arrimar. *(Arrímala.)*
ALFAJAD. Hay aquí un judío
que se ha de llamar
(Dios me acuerde en bien)
Mardoqueo, el cual
está en Persia, donde
la cautividad
del rey Chicolio....
BALDA. Sois un animal:
Geconias sería
ese rey. Pasad
adelante, y vamos
á lo sustancial.
ALFAJAD. Saúl, rey hebreo,
mató al rey Agar,
de quien dicen que es
descendiente Amán.
Y por esta muerte,
ó esta enemistad,
tiene Amán gran tirria
con los de Judá.
Por eso no vive
en esta ciudad,
corte del rey Suero,
que llaman Susán,
Mardoquéo: Estér.
que en su casa está,
es su hija adoptiva,
que no natural.
Yo estó enamorado
(tentóme Satán),
por vella la cara,
y vila asomar
de blanco y azul.
¿Cuándo es novedad
vestir cielo y alba
en cielo oriental?
Pues novedad fué,
que su honestidad
ó viste cilicio
ó pardo sayal.
Vila en esta huerta,
y por más señal
junto á aquella fuente,
que sin murmurar,
liberal dió perlas:
que no es liberal
quien da murmurado
aquello que da.
Llevaba en la mano,
con grave humildad,
un lienzo tan blanco,
bandera de paz,
que vos pareciera
con blancura igual,
si no nieve hilada,
copo de cambray.
Tan blanco era el lienzo,
y la mano es tal,
que hay pleito pendiente
sobre cuál lo es más.
Los ojos pensaron
juzgar la verdad;
pero estáse el pleito
por determinar;
porque los más linces

no distinguirán
si es cambray en mano,
ó mano en cambray.
Cristal es su frente,
y oro de Ceylán
su hermoso cabello,
que sobre cristal
tanto monte de oro
sosteniendo está,
porque pesa menos
aunque vale más.
Sus ojos, si en otros
se suelen mirar,
no se van tras ellos.
¿Y quién no amará
ojos que están firmes,
no ojos que se van?
Por la hermosa línea,
que bajando va
á oler estas flores
que no ha de tocar,
por sus dos ventanas
parece que está
mirando un Abril,
que no ha de pasar.
Sus mejillas, donde
reina la beldad,
como reinas, visten
púrpura real.
Este ha sido el mapa,
donde he visto ya
que más adelante
no puedo pasar.
Mujer, yo la adoro,
casi á mi pesar;
de acero era yo,
si tras sí me tray,
la culpa tiene ella,
que es la piedra imán.

BALDA. ¿Desarrimo el palo?

ALFAJAD. Pues hacéos allá.

BALDA. ¿Tan mal os parezco?

ALFAJAD. Sí, mujer, muy mal.

BALDA. Pues decid, ¿por qué
no me repudiáis?

ALFAJAD. Porque mal ó bien,
vos me acomodáis
en lo necesario,
y no he de dejar
hasta tener otra,
mi comodidad.

BALDA. Pues repudie luégo;
no hay que replicar.

ALFAJAD. Pues nones, y nunca.

BALDA. Nones no serán,
sino pares.

ALFAJAD. ¿Cómo?

BALDA. Ahora verá.
Estemos á cuentas:
¿dos no son un par?
pues de dos en dos
os los pienso dar,
y así serán pares.
(Dale de palos.)

ALFAJAD. Mujer, mal contáis,
tres me habéis pegado.

BALDA. Téngoos que pegar
otros tres ahora;
y si los contáis,
tres y tres son seis,
que juntos harán
tres pares cabales,
ni menos ni más.

ALFAJAD. Ester, que me matan.

BALDA. ¿La estera sacáis?

ALFAJAD. Amor es verano.

BALDA. La vara será
para sacudilla.

ALFAJAD. No la sacudáis,
que no tiene polvo,
porque es celestial.
Véisla allí, que asoma:
el original
del retrato ved;
oid y callad.

Sale la REINA ESTER.

ESTER. Artífice divino,
que tus obras escribes
con dorados carácteres de estrellas,
y en ese pergamino
tan dilatado escribes
tus alabanzas, que predican ellas.
Hablen tus leyes bellas
en firmamento igual, siempre constante,
con debido decoro,
si no con lenguas de oro,
indicando con dedos de diamante
al sol, de que con señas
oscuras, limitadas y pequeñas,
el planeta que envía
fuego desde la esfera,
dividiendo su imperio con la luna,
pues cuantos él al día
ella en la noche impera,
que aun hay mudanzas donde no hay fortuna.
Su poder de la cuna,
su coronista, de su gran decoro,
pues sus labios sutiles,
ya plumas, ya buriles,
en láminas de plata, en sellos de oro,
donde escriban y labren,
esculpen tu poder, tus armas abren.

ALFAJAD. Tanto nos ha suspendido
vuestra beldad singular,
que os hemos dejado hablar
todo lo que habéis querido.
Bendígate el mismo Dios.

ESTER. Él te guarde.

ALFAJAD. Bella Ester,
si repudio á mi mujer,
me pienso casar con vos.

ESTER. Cuando eso fuera posible,
aunque es humilde tu suerte,
no podré yo merecerte.

BALDA. ¿Ves que estó tan apacible?
Es que vo á sacar los ojos
á mi marido Alfajad,
y en viendo vuestra humildad
se me quitan los enojos.

ESTER. Yo quiero en este retiro
pasar las noches y días
meditando profecías,
cuyo cumplimiento admiro
abreviado en las semanas
de Daniel, que en nuestra edad
profetizó, y la verdad

no las explica tan llanas.
Por todas hecha la cuenta,
según la revelación,
los años que montan son
cuatrocientos y noventa.
Y hoy, que Assuero está reinando,
de esas semanas está
pasado algún tiempo ya;
de manera, que contando
desde el reinado de Assuero
hasta la feliz venida
del que al mundo ha de dar vida,
es cómputo verdadero
contra otros necios engaños,
de interpretar los que están
por pasar: todos serán
hasta cuatrocientos años
y cincuenta, algunos menos.
¡Oh Virgen, quién mereciera
ser sombra tuya siquiera!
(Vase Ester.)

Sale MARDOQUEO.

MARDOQ. Premio es honrar á los buenos
y á los malos dar castigos.
¡Qué ley, con tanto rigor,
pronunció Assuero, en favor
de este Amán nuestro enemigo!
Alfajad, ¿qué hacéis aquí?

ALFAJAD. Nada ya; yo y mi mujer
estábamos con Ester.

MARDOQ. ¿Entró en su oratorio?

ALFAJAD. Sí,
leyendo está recogida.

MARDOQ. El Rey viene, si la ve,
dicha ha sido que no esté
tan pobremente vestida.

Salen el REY, de caza, en cuerpo, AMÁN y acompañamiento.

REY. Amán, de blanco y azul
ví, entre rosas y azucenas,
la honestidad más hermosa,
la hermosura más honesta.

AMÁN. Señor, en tan pobre albergue
no puede entrar con decencia
rey de tan gran majestad.

REY. No por eso he de perderla,
que rey me quedo; aunque rey,
me humillo á aquesta pobreza.
Y, en fin, yo quiero allanarme,
pues he bajado á la aldea.

AMÁN. ¿Qué quiere aquí aqueste hebreo?
(Ap.) (Este no sabe en la pena
que incurre: ¿quién viendo á Amán
no hinca la rodilla en tierra?)

MARDOQ. *(Ap.)* (Amán me mira con ceño.)

AMÁN. Judío, salte allá fuera,
que tan míseros esclavos
no han de estar en la presencia
del Rey, que es sol, y se ofende
que á mirar su luz se atrevan
sino las águilas reales.

MARDOQ. El sol alumbra y calienta
á todos, y el sol es rey.

AMÁN. ¿No basta que á mí me ofendas?
¿No eres de la vil estirpe,
de aquella infame ralea
que á Agar, gran rey de Amalech,
de quien es mi descendencia,
mató fieramente?

MARDOQ. Amán,
Saúl tuvo orden expresa
del mismo Dios.

AMÁN. Vete luégo;
y porque otra vez no pueda
excusarte la ignorancia,
y como á deidad suprema
me adores, habla á Darío,
pregunta á Cambises, llega,
sabrás la ley del edicto
que se ha publicado en Persia.

REY. ¿Cómo os llamáis?

MARDOQ. Mardoqueo.

REY. ¿Qué buscáis?

MARDOQ. Una doncella
que á discreción y hermosura
juntó humildad y prudencia.

REY. ¿Qué nombre tiene?

MARDOQ. Señor....
(Ap.) (Mucho importa que no sepa
el Rey que es sobrina mía.)
Estér se llama.

REY. ¡Es muy bella!
(Ap.) (¡Estér me ha robado el alma!)

AMÁN. *(Ap.)* (Cielos, ¿si es la mujer ésta
que como á dragón soberbio
me ha de quebrar la cabeza?)
¿Señor?

REY. ¿Qué dices?

AMÁN. Oidme,
que importa á vuestra grandeza
(ó á mi venganza) un consejo,
que estas noches me desvela.
Faraón, gran rey de Egipto,
viendo que en sus mismas tierras
este pueblo advenedizo
creció en número y riqueza,
ordenó, para extinguirle,
que matasen las parteras
cuantos varones naciesen
de las mujeres hebreas.
No consiguió su deseo
Faraón, ni su cautela,
y el pueblo hebreo logró
su libertad y riqueza.
Los hebreos con usuras
adquieren tantas haciendas,
siguen religión contraria,
en oprobio de la nuestra;
á nuestros dioses no adoran,
antes, con gran reticencia,
sufre vuestro imperio el culto
de ceremonias diversas.
Todos son mis enemigos,
y vuestros: mandad que mueran
todos en un día: el modo
ha de ser, despachar letras
con real sello selladas,
y las demás diligencias
dispondré yo.

REY. Á vos os doy
la jurisdicción entera,
y en ese anillo mi sello,
y reales armas; con ellas
despachad las provisiones,

Salen EGEO, ZARÉS y ESTELA, BALDA y ALFAJAD.

ZARÉS. Todas venimos resueltas.
ESTELA. La resolución del Rey
importa aquí, no la nuestra.
EGEO. ¿Señor?
REY. ¿Egeo?
EGEO. Estas damas,
que lo fueron de la reina
Bastí, y ahora se oponen
á la sagrada diadema
que ella perdió, con deseo
de agradaros, se presentan
ante vos; y es bien, pues todas
al reino vienen opuestas,
que os informen de sus gracias,
ó yo os informe por ellas.
BALDA. Hablaré yo al Rey primero.
Mande su Perliquitencia
á Alfajad que me repudie,
y quítese de reyertas,
que su mujer seré yo.
ALFAJAD. Señor, en Dios y en conciencia
os diré aquí quién es Balda:
ella, lo primero, es fea,
floja, desairada y fría,
ruda, impertinente, necia,
salvaje, bruta, ignorante,
desaliñada y grosera,
holgazana, dormilona,
vil, zarrapatrosa, puerca,
mentirosa, deslenguada,
enredadora, embustera,
y sobre todo golosa:
casáos ahora con ella.
BALDA. ¿Queréis saber quién es él?
Yo soy mujer de esas prendas
y me quiere para sí.
ALFAJAD. Porque no habrá otro que os quiera.
REY. Amán, estos dos villanos
quiero que nos entretengan:
á la corte iréis conmigo.
ALFAJAD. ¿Y vestirános de seda?
REY. De todo cuidará Egeo.
EGEO. Ya aquestas damas desean
leer de oposición, que todas
tienen gracias encubiertas.
Irene es discreta y zamba,
y baila, y danza tan diestra,
que por sus mudanzas puede
trocar amor sus finezas.
Aurora es como su nombre;
lo blanco y lo alegre ostenta
la hermosa risa del alba.
ZARÉS. ¿Quién dirá al Rey mil grandezas
mejor que yo? Soy tan noble
entre los medos y persas....
¿Como quién diré que soy?
No diré que como Elena,
como Palas, Juno y Venus,
diré que como yo mesma,
midiéndome á mí conmigo;
pero tan sin competencia,
tan una siempre, que siempre
ni me iguale, ni me exceda,
que excederme era ser más,
y es precisa consecuencia,
que quien es cuanto hay que ser,
supuesto que nunca llega
á ser más de lo que ha sido,
no siendo quien antes era,
sea menos ya, y no es posible
que yo menos que yo sea.
ESTELA. Zarés, también yo soy yo,
y si os parezco pequeña,
por eso el Rey hace grandes.
REY. Gracia habéis tenido, Estela;
añadid á vuestro dote
seis mil ducados de renta.
¿Egeo?
EGEO. ¿Señor?
REY. La mina
que está en el alma, revienta:
Yo ví á Ester, y es tan hermosa
entre las demás bellezas,
que, como rosa entre espinas,
de todas se diferencia.
Habladla, pues, de mi parte,
y persuadidla con veras,
que está muy en gracia mía.
EGEO. Pues si está en la gracia vuestra,
si os agrada, y queréis vos,
¿qué falta aquí?
REY. Querer ella.
Abra los hermosos labios;
pronuncie el sí, que ya esperan
esos árboles conmigo,
y al pronunciarle, suspendan
los mismos ecos; no haya
voz que á su voz no perezca.
Todo calle; por oirla
las ramas, de puro atentas,
¿veis que no mueven las hojas,
como que no pestañean?
Suelen decir que habla el viento,
y porque no nos divierta
el susurro de las aves,
con que el jardín lisonjea,
como quien habla al oído
se llega á hablar muy de cerca.
Aquel olmo y éste, viendo
hojas en forma de lengua,
para quedar en silencio
contento con hacer señas,
para responder que sí,
bajó ahora la cabeza.
Aunque tiene lengua el agua,
arroyos y fuentes dejan
de murmurar, con ser vicio,
que pocas veces se enmienda.
Ved las plantas y las flores,
veréis que la primavera
busca su galán Favonio,
y como quien se recela,
os recata sus amores.
Aunque se vista hojas nuevas
del tronco arriba, á los pies
de los árboles enseña,
Noto, que entierra el vestido,
que parece que secreta
alza la ropa, ó las faldas,
porque al venir no le sienta.
Ya, que atención es todo,
que el jardín, la primavera,
el céfiro, los arroyos,
las fuentes, las arboledas,
el aire, el viento, las aves,
plantas y flores diversas,

y con un éxtasis mudo
toda la naturaleza,
parece helado cadáver,
responda, pues, y obedezca,
pues tantas vidas estamos
pendientes de su respuesta.

EGEO. Yo también me he suspendido
oyéndoos á vos: ¿adónde
esta hermosura se esconde?

REY. Este hebreo ha respondido
á lo demás: ¿dónde, dí,
la hará Egeo una visita?

MARDOQ. En algún libro medita,
que no hay verla, estando aquí,
ni mirarla, aunque es tan bella,
no parece ella, en rigor,
sino otra mucho mejor
que se representa en ella.
(Descúbrese á un lado del tablado una capilla, con un atril y misal, hincada de rodillas Ester, como elevada, y Mardoqueo y Egeo hincan la rodilla á modo de la Salutación del Angel.)

EGEO. Dios te salve, hermosa Ester;
contigo es Dios y serás
entre todas las demás
la más dichosa mujer.
Eres agradable, honesta,
humilde, santa y hermosa:
Dios te salve, Ester graciosa.

ESTER. ¿Qué salutación es ésta?

EGEO. No temas, divina Ester,
que hallaste en el Rey la gracia
que perdió en él la desgracia
de la primera mujer.
Tu hermosura prodigiosa,
y tu honestidad más bella,
no temas, que eres aquella
que elige el Rey para esposa.

ESTER. ¿Eso cómo puede ser?
Si el Rey no me ha conocido,
¿cómo agradarle he podido?

EGEO. Todo eso y más ha de hacer
espíritu soberano,
cuya virtud te hará sombra.
Ya el Rey tu esposo se nombra,
y sólo espera tu mano:
no te parezca increible,
que si amor es quien lo hace,
fruto de lo estéril nace;
porque nada es imposible
á la mayor majestad
por quien hablándote estoy.

ESTER. Una esclava del Rey soy,
haga en mí su voluntad.
Á Egeo hablé y hasta ahora
pensé que era ángel.

EGEO. No sé.
¡Qué bien, señor, que la hablé!
Como á mi Reina y señora
postréme á tanta hermosura.

MARDOQ. Ahora hablo yo, y no yo.
Aquí se representó
una sombra, una figura
de cuando vengan á dar
aquella alegre embajada
á la doncella sagrada,
de quien Dios ha de encarnar.

REY. Llevadla á palacio, Egeo.

MARDOQ. Mira, Ester, á qué te obligas,
que está aquí el Rey; no le digas
que eres de linaje hebreo.

ESTER. Suspensa en la novedad
de mí misma, me retiro;
porque veo al Rey, y admiro
que tan grande majestad,
con renombre de divina,
en tan pobre albergue quepa.

MARDOQ. *(Ap.)* (Vuelvo á decir que no sepa
el Rey que eres mi sobrina.)

REY. Ester, quien con vos está,
alegre lo pasa aquí.

ZARÉS. *(Ap.)* (¡De envidia muero!)

CAMBISES. *(Ap.)* (Bastí
perdió la esperanza ya;
vengarla y vengarme espero.)

DARÍO. Esa venganza concierta
con dos que están á la puerta
de la antesala de Assuero.

ALFAJAD. Idnos á dar de vestir,
Egeo.

EGEO. Venid conmigo.

ESTER. Yo con el alma te sigo.

REY. Muy segura podréis ir
á palacio; vos cuidad
de regalar mucho á Ester,
porque ella, Egeo, ha de ser
reina de mi voluntad.

AMÁN. Zarés, todo el alma os muestro:
desde hoy corréis por mi cuenta.
Amán soy, id muy contenta,
que si reino yo soy vuestro.

ESTER. De Dios, no de mí, concierta
toda esta victoria en mí;
pero si Dios vence en mí,
venza yo, porque Dios venza.

JORNADA SEGUNDA

Pórtico del palacio de Assuero.

Salen CAMBISES y DARÍO.

DARÍO. Supuesto que el de Bastí
es nuestro agravio también,
que Ester es reina, y Amán
se ha casado con Zarés,
¿qué resta ahora?

CAMBISES. Vengarnos:
determinados dejé
á Farés y á Bagatán.

DARÍO. ¿Y cómo han de disponer
la muerte del Rey?

CAMBISES. Los dos
con cautela y madurez
lo quedaban consultando:
no tenemos que temer,
muera el rey Assuero.

DARÍO. Muera.

Sale MARDOQUEO.

MARDOQ. Á Bagatán y á Farés
oí, sin que ellos me viesen,

y aviso en este papel
á la Reina la traición
para que ella avise al Rey;
en el zaguán de palacio
suelo asistir por saber
nuevas de mi Ester querida,
y así á los dos escuché;
pero como soy su tío,
y no he de darlo á entender,
con razón estoy dudando
á quién el papel daré.

DARÍO. En fin, hoy salen los reyes
en público.

CAMBISES. Ya sabéis
la causa, como Bastí
no quiso dejarse ver,
y Ester en su oposición
quiere ser vista.

DARÍO. Está bien,
que dentro de breves días
rey y reino ha de perder.
Cambises, disimulemos
y acompañemos al Rey. *(Vanse.)*

Sale ALFAJAD vestido de cortesano ridículo.

ALFAJAD. ¿Qué hacéis aquí, Mardoqueo?
Ved que le dirán al Rey
que sois tío de la Reina.

MARDOQ. Tú eres muy hombre de bien,
y nunca habrás dicho nada
contra honra ajena.

ALFAJAD. Eso fué
cuando yo estaba en mi aldea
y era labrador; después
que soy cortesano, digo
lo que sé y no sé también;
mas por Ester lo he callado.

MARDOQ. ¿Podrás darla este papel?

ALFAJAD. Sí, que el portero nos hace
tan señalada merced
á Balda y á mí, que darle
bien sin recelo podré.

MARDOQ. ¿Cómo se llama el portero?

ALFAJAD. Con perdón le nombraré:
Atac.

MARDOQ. ¿El viejo?

ALFAJAD. El vejete.

MARDOQ. Ea, Alfajad, entra, pues,
y da el papel á la Reina.

ALFAJAD. En su mano le daré.

MARDOQ. Quédate á Dios. *(Vase.)*

ALFAJAD. Él te guarde;
mas no será menester,
que ella sale aquí, y aquí
la ocasión esperaré.

Salen el REY ASSUERO, la REINA ESTER, AMÁN, CAMBISES, DARÍO, ZARÉS y acompañamiento.

REY. Bellísimo dueño mío,
bella entre todas, Estér,
si tu hermosura es divina,
eterna será también:
como el sol eres, sin duda
porque el sol, divina Estér,
aunque nace cada día,
tiene inmortal la niñez.
Y así verás en su aspecto
que aunque en perpetuo correr,
si pasan por él los años
no pasan años por él.
En esos mares azules
al gran planeta has de ver,
que aunque con remos de plata
luciente alado bajel,
surca piélagos de luz,
el golfo de rosicler;
aunque se vaya á morir
cuando se va ya á poner,
con ir tan veloz, parece
que está de mar en través.
Sin duda rémora oculta,
de providencia fiel,
sin retardarse en los días
se detiene en su altivez.
Luego si es sol tu hermosura,
naturalmente ha de ser
con nueva luz cada día,
ó el mismo sol cada vez.

ESTER. Gran señor, con humildad,
¿qué puedo yo responder?
Hechura vuestra, aunque indigna,
siempre me confesaré.
El rey, de Dios es retrato,
y á Dios se ha de parecer:
Dios amó al alma, y no dudo,
pues vos amásteis á Estér,
si le dió mérito á ella,
que vos á mí me le deis.
Luego si en Dios es lo mismo
querer y hacer, cierto es
que hace el mismo bien, que quiere
al alma que quiere bien.

REY. Amán, un prodigio, un pasmo,
dos milagros, digo, hallé
en su ingenio y su hermosura.

AMÁN. Justos favores la hacéis;
pero el amor es celoso,
y hacéisme menos merced
á mí, divertido en ella.
Envidioso estoy, Zarés. *(Ap. los dos.)*

ZARÉS. Y yo, la oreja á su encanto,
como el áspid, cerraré.

ESTER. No es justa, Amán, vuestra queja:
¿queréis ver cómo? atended.
Si es cuerpo místico el reino,
¿no es el corazón (de quien
recibe el cuerpo la vida,
con quien se conserva) el rey?
Pues el corazón, Amán,
aunque indiferente esté
en medio del cuerpo, dicen
que al lado izquierdo, por ser
parte más flaca, aunque poco,
algo inclinado se ve:
porque á los más flacos, deben
los más nobles socorrer.
Luego si el Rey (Dios le guarde),
está como en un fiel,
puesto entre vos y entre mí,
con razón de entrambos es.
Aunque diga en favor mío
algo más, no os espantéis,
que como á parte más flaca
se ha inclinado á la mujer.
(Habla aparte Amán con el Rey.)

AMÁN. Tengo aparte que deciros.

Para los trece del mes
se han de dar las provisiones
contra el pueblo de Israel
y ha de fijarse el edicto.

ALFAJAD. *(Ap.)* (En secreto hablan; pardiez,
que hay ocasión: llego y doile
á la Reina su papel.
Éste me dió Mardoqueo, *(Dáselo.)*
y diz que le heis de leer
luégo al punto, porque importa,
y dársele luégo al Rey.)

REY. Ya es vuestro todo el tesoro
que se confiscare: haced
lo que os pareciere, Amán.

AMÁN. Temo que os han de mover
á lástima sus clamores,
y conviene que cerréis
las puertas á la clemencia.

REY. ¿De qué modo?

AMÁN. Haciendo ley,
que nadie, sin excepción,
pena de muerte, éntre á ver
al Rey, si no es que le llame;
la cual ejecutaré
yo mismo en cualquier persona
que entrare, y perdonaré
al que vos sobre sus hombros
el cetro de oro bajéis.

REY. Así lo mando.

ESTER. Señor,
este memorial leed, *(Dáselo.)*
que Mardoqueo me envía
para que á vos os le dé.
(Lee el Rey.) «Reina, avisa al rey Assuero
que Bagatán y Farés
le quieren matar, por señas
que armados se han de poner
detrás de la misma cama
de su Majestad.» ¿Qué haré?

AMÁN. Ver si están adonde dice.

REY. Amán, Egeo, los tres
lo vamos á averiguar,
y si es cierto, escribiréis
con los demás este caso,
que no he de olvidarme de él.
Quede memoria en mis libros,
que la vida he de deber
á Mardoqueo.

AMÁN. *(Ap.)* Aunque sea
verdad, yo divertiré
al Rey porque no le premie.
(Vanse, y quedan Zarés, Ester y Alfajad.)

Sale MARDOQUEO.

MARDOQ. No me puedo contener,
y heme acercado por verla.

ESTER. ¿De qué estás triste, Zarés?
Llégate á mí, que conmigo
te quiero siempre tener,
como el Rey tiene á su Amán.

ZARÉS. ¿Eso á quién le está más bien
que á tí?

ESTER. Pues por eso mismo
te quiero favorecer,
porque te está bien á tí.

ZARÉS. Y á tí te estará más bien
que á mí.

ESTER. ¿Qué respuesta es esa?

ZARÉS. Del gran Nembrot, que á Babel
fabricó, para asaltar
á la gran Jerusalén
(como el Nabuco, el zafir
de esa ciudad, esa piel,
que para mayor defensa
su amor debió de esconder),
diciendo yo: ¿tú quién eres?
¿qué corona, qué laurel,
qué timbre hay en tu linaje?
Antes nos das á entender
(como allá entre los hebreos
desciende Melquisedech)
que eres su genealogía.

ESTER. Soberbia tan descortés,
envidia tan arrogante,
aunque puede proceder
de que estás loca, conviene
castigarla, aunque lo estés.
Reina soy á pesar tuyo;
y así, porque adoro al Rey,
no á mí, á la Reina su esposa
debo yo satisfacer.
(Hácela arrodillar la Reina, y luégo la levanta en los brazos.)
Llega, no á mis brazos, llega
donde postrada has de ver,
hollándote mi chapín,
que no llegas á mi pie.
Llega á mis brazos ahora,
que aquel descuido, Zarés,
que te castigó la Reina,
te lo ha perdonado Ester.

ZARÉS. Diréle mi afrenta á Amán.

ESTER. Amán sólo ha de querer
lo que la Reina quisiere.

Sale AMÁN.

AMÁN. ¿Qué es esto?

ESTER. Yo castigué
á Zarés; ya está enmendada,
y entrambas hemos de ser
grandes amigas.

ZARÉS. ¿Amán?

AMÁN. Zarés, *(Ap.)* (yo te vengaré)
de paso vengo á decirte,
porque sin cuidado estés,
que están presos los culpados;
pero hay una ley....

ESTER. ¿Qué ley?

AMÁN. Que nadie, sin excepción,
pena de muerte, entre á ver
al Rey, si no es que le llame.

ESTER. El Rey mi señor, ¿no es
quien lo manda?

AMÁN. Reina, sí.

ESTER. Pues responded que pondré
la cerviz primero al yugo
de tan supremo poder.

AMÁN. Pena de la vida tiene
el que entrare.

ESTER. No entraré.
(Ap.) (Estos son mis enemigos.)

AMÁN. *(Ap.)* (Temiendo voy.)

ESTER. Vén, Zarés.
(Ap.) (¡Amán me dejaba ir sola!)
Y vos, Amán, no os quedéis.

AMÁN. *(Ap.)* (Va empieza á lisonjearme.)

ESTER. Yo quiero haceros merced;
pero como á vuestra Reina
quiero que me acompañéis. (*Vanse los tres.*)
ALFAJAD. ¿Mandáis algo, Mardoqueo?
Ya dí á la Reina el papel.
MARDOQ. Vuelve y dila de mi parte
si me lo han de agradecer.
ALFAJAD. Oye, y diréselo todo. (*Hablan los dos.*)

Salen ATAC, vejete, y BALDA, de cortesana ridícula.

ATAC. La Reina me manda hacer
amistad con este hebreo:
Balda, ya está el ajedrez
sin dama, faltando vos.
Dar mate á todas podéis,
porque no hay con amor niño
amante Matusalén.
Alfajad está de espaldas;
llegad y os abrazaré.
BALDA. Llego, pero con tal tiento,
que no me desaliñéis. (*Abrázanse.*)
MARDOQ. Mira que has de estar en ello.
ALFAJAD. Digo que en ello estaré;
pero mi mujer y Atac
están en ello también.
Balda, ¿pues qué hacéis aquí?
Yo vuelvo á hablar con Ester.
BALDA. ¿Á Ester quieres todavía?
Pues yo á todos los querré;
y os lo prometo, marido.
ALFAJAD. ¿Sabéis qué pienso, mujer?
que primero lo cumplís
y luégo lo prometéis.
BALDA. Marido, ¿estó bien prendida?
¿No só, á vuestro parecer,
un ángel, señor Atac?
ALFAJAD. Si Atac os mira á los pies,
verá que sos ángel malo.
ATAC. Yo no me suelo meter
donde no me llaman.
ALFAJAD. ¿Nó?
ATAC. Nó he dicho.
ALFAJAD. Muy mal hacéis:
si os hais de meter, metéos
donde no os llaman.
ATAC. ¿Por qué?
ALFAJAD. Porque no os llaman, Atac.
¿Oís, Atac? No os quedéis,
y alzadnos ahora el paño
y acompañadnos también. (*Vanse.*)

Salen CAMBISES y DARÍO.

DARÍO. Pues Farés y Bagatán
nos culpan, no hay más remedio
que poner la tierra en medio
ó ser amigos de Amán,
que él nos sacará de todo.
Cuando pase, le hablaré
muy rendido.
CAMBISES. Y yo lo haré,
que á ese arbitrio me acomodo
para asegurar mejor
nuestras vidas.
DARÍO. ¿De qué suerte?
CAMBISES. Dando á los presos la muerte,
que es el más cierto favor.
DARÍO. ¿Cómo?
CAMBISES. Dándoles veneno;
que si en un potro se ven
(aquí entra el proverbio bien)
dirán lo suyo y lo ajeno.

Sale AMÁN.

AMÁN. Cuanta riqueza atesora
el pueblo hebreo, es ya mía;
todos mueren en un día:
aquí fijarán ahora
el edicto.
CAMBISES. Este es Amán.

Sale MARDOQUEO.

MARDOQ. Ya me he empeñado: hasta ver
si me avisa de algo Ester,
me estaré en este zaguán.
AMÁN. ¿Cambises?
CAMBISES. ¿Señor?
AMÁN. ¿Darío?
DARÍO. Ya te escucho arrodillado.
AMÁN. Aunque pasé yo, no ha hincado
la rodilla aquel judío.
CAMBISES. ¿Cómo cuando pasa Amán
no hincas la rodilla en tierra?
MARDOQ. Porque quien la hinca, yerra
en ese injusto ademán.
CAMBISES. ¿Por qué?
MARDOQ. Porque sólo á Dios
da ese honor la justa ley;
á Dios, por sí mismo; al Rey,
porque representa á Dios.
AMÁN. ¡Oh, pese al hebreo infame!
Aquí con la boca misma
barrerá la tierra, adonde
no quiso hincar la rodilla.
¿Por qué no me adoras, loco?
(*Arrójale al suelo y pónele un pie en el cuello.*)
¿Es tu vanidad por dicha
porque de Abrahán procedes,
muy preciado de israelita?
Pues dí, bárbaro, ¿no es cierto
que las mismas profecías
(aunque ves escribir hombres)
dirás que es Dios quien las dicta?
Diciéndose culpa á pena,
aunque ambas son sin medida
de un Dios vengado, os anuncia
la más severa justicia.
Dejo los demás profetas:
¿qué castigo no os intima?
¿qué infamia no os amenaza
la oración de Jeremías?
Pero hágate un beneficio
quien tu vanidad derriba,
porque caiga escarmentado
quien de presunción subía.
MARDOQ. No temo, Amán, tu arrogancia,
pero lloro que repitas
aquellas sacras verdades,
que tengo yo tan creídas.
¿Qué mucho que yo las crea,
cuando tú las averiguas?
Pero en los tiempos confundes
las causas y las desdichas.
De las setenta semanas

que Daniel nos pronostica,
aunque del número de ellas
se ven algunas cumplidas,
faltan cuatrocientos años
y cincuenta.

AMÁN. ¿Por qué cifra?

MARDOQ. Porque estas dichas semanas
suman años, reducidas,
cuatrocientos y noventa,
siendo la mitad precisa
de la semana postrera,
cuando en un palo le erijan.
Entonces por el deicidio,
nación tan favorecida,
no será ya pueblo suyo
para que el gentil elija,
de quien imperfecta imagen
oscuros borrones pintan.
De manera, que contando
desde Assuero hasta los días
que falte el cetro á las tribus
de Judá, que se bendigan
en Cristo todas las gentes,
que aclamen sus jerarquías
á Dios nacido, que crezca,
que opuestos á su doctrina
sacrílegos le calumnien,
obstinados le persigan,
cuando en su muerte enlutado,
perdiéndose el sol de vista,
á corazones errantes
condenen estrellas fijas.
Y cuarenta años después,
que se verá la ruina
de Jerusalén, y el templo,
apesar de la perfidia,
restarán quinientos años.

AMÁN. ¿Luego esta nación maldita
en el reinado de Assuero
no se ha de ver extinguida?
Pues porque te desengañes,
mira este edicto que fijan
en las puertas de palacio. (*Vase.*)

VOCES. Viva Amán, y Assuero viva. (*Cajas.*)
(*Sale un soldado con un edicto.*)

MARDOQ. ¿Qué edicto es éste, sellado
con armas reales?

DARÍO. Aprisa
te lo dirá el cartel mismo,
si con atención le miras.

MARDOQ. (*Lee.*) «Assuero Artajerjes, rey
que impera desde la India
hasta la Etiopía, á ciento
y veinte y siete provincias,
manda á todos los hebreos
que dentro de treinta días,
pena de muerte, registren
sus haciendas y familias.
Y ordena, porque ninguno
pueda ponerse en huida,
que estén cerradas las puertas
de las ciudades y villas.
Dada en nuestro real palacio,
y sellada con la insignia
de nuestras armas reales.
YO EL REY.» Eterna justicia,
Dios de ejércitos, Amán
ha ejecutado sus iras
hoy contra tu pueblo. Ester,
señora á un tiempo, y sobrina
del más infelice hebreo,
que te adoptó como hija,
que te crió como padre,
¿con quién te daré noticia
de tan infausta tragedia?

Sale ATAC.

ATAC. La Reina misma me envía
á que te pregunte, hebreo,
la causa porque suspiras,
que está junto á aquella reja
y te oye hablar.

MARDOQ. Vuelve y dila,
que á muerte está condenada
ella y toda su familia.

ATAC. ¿Eso he de decir á Ester? (*Vase.*)

MARDOQ. Eso importa que la digas.
Sin duda, Dios enojado,
quiere que un saco me vista,
y que penitente cubra
la cabeza de ceniza.

ATAC. (*Vuelve.*) Llegáos á aquella reja,
como quien á ella se arrima,
que la Reina quiere hablaros.

Sale la REINA á la reja.

ESTER. Muerta llego, aunque atrevida.
Tío, señor....

MARDOQ. Hija Ester
á todos nos notifica
sentencia de muerte Assuero.

ESTER. Pues en tan fatal desdicha,
en tan común desventura
¿qué me aconsejas?

MARDOQ. Que pidas
misericordia á tu esposo;
y pues eres entendida,
que le encarezcas que afectos,
con fidelidad rendida,
estaremos.

ESTER. Mardoqueo,
la entrada al Rey facilita;
mas decir estas verdades,
supuesto que hay quien las diga,
no puede ser.

MARDOQ. ¿Pues por qué?

ESTER. Porque, pena de la vida,
nadie puede entrar á hablarle.

MARDOQ. ¿Qué es esto, Ester? ¿Tanto miras
por tí sola? ¿Ya sin duda
á tu tío desestimas
y el ser mi sobrina niegas?
¿Y por ser reina, imaginas
que no has de morir con todos?
Pues nó, Ester, nó, no te libras
por ser esposa de Assuero,
que también eres judía,
y estás en el mismo edicto
como yo comprehendida.

ESTER. Rey de ese estrellado alcázar,
barro que tu soplo anima,
son las vidas de los hombres,
su fábrica es quebradiza.
Á tí, en cuya mano están
los corazones que giran,
pide la clemencia humana

piedades de la divina.
Véte, hagamos penitencia,
así á todos se lo avisa,
que yo entraré á hablar al Rey
aunque me cueste la vida. *(Vanse.)*

Salón.

Salen AMÁN, ZARÉS, CAMBISES y DARÍO.

ZARÉS. Ya viste, Amán, de qué modo
me trató Ester.
AMÁN. Ya lo ví.
ZARÉS. Y ves que te toca á tí
también vengarme de todo,
pues á tu gusto acomodo
el mío en cualquier empresa.
AMÁN. Zarés, si el dolor no cesa
persevera la esperanza;
yo acabaré otra venganza
y luégo empezarás esa.
Otra es mi poco sosiego;
nadie puede entrar ahora
donde está el Rey.
ZARÉS. ¿Quién lo ignora?
AMÁN. Pues cuando él venga, idos luégo.
ZARÉS. ¿Qué te da pena?
AMÁN. Estoy ciego.
Yo me hice tan gran lugar,
que si el fin le quiero hallar
vuelvo el pensamiento á mí
aquí, sin saber de mí,
y no acabo de parar.
No soy rey, y aunque pudiera
no lo fuera, que después
que el gran Assuero lo es,
sólo quise que él lo fuera:
segundo soy en su esfera,
no en la mía, que más quiero,
siendo segundo de Assuero,
primero dueño del mundo,
ser primero en ser segundo,
que segundo en ser primero.
¿Quién de tantos potentados
tuvo en su mayor alteza
casa con tanta grandeza,
pompa de tantos criados?
Los alcázares dorados
de mis ciudades y villas
son ya nuevas maravillas;
mas nada es cuanto poseo
en tanto que Mardoqueo
no me adora de rodillas.
CAMBISES. De bien tan grande y tan justo
te quitas tú mucha parte,
pues tendrás gusto en vengarte
y te dilatas el gusto:
empecé á oirte con gusto,
y cuando ví lo que fué
de reirme no acabé.
DARÍO. ¿No has de sentir sus enojos?
CAMBISES. Nó, pues teniendo á los ojos
el remedio, no le ve.
Véngate, Amán, y ten brío;
manda hacer, con nueva traza,
una gran horca en la plaza
en que muera ese judío.
AMÁN. Diréselo al Rey, Darío:
él viene, y tened noticia,
que en nada es la ley propicia;
idos, pues le da la ley
cetro de oro como rey
y vara como justicia. *(Vanse los tres.)*
(Descúbrese el trono con silla para el Rey y un taburete al lado izquierdo para Amán.)

Sale el REY, con cetro, y siéntanse.

REY. Amán, mi precepto ordena
que no éntre ninguno aquí;
sentáos, sentáos junto á mí.
AMÁN. Caerá en la culpa y la pena
el que entrare.
REY. Ruido suena,
pasos siento.
AMÁN. Muera, pues,
persona tan descortés,
tan loca y tan atrevida:
muera, entrando á buscar vida.
REY. Pues sepamos ya quién es.

Sale la REINA ESTER y damas, deteniéndose.

ESTER. *(Ap.)* Si la ley es general,
¿dónde voy? Esto conviene:
severo está el Rey, y tiene
en la mano el cetro real.
¿Quién vió confusión igual?
Vuélvome: ¡ay, Dios, que me mira
el Rey mi señor con ira!
Mas ¿dónde tengo de ir ya?
Que el Rey airado será
imagen de Dios airado,
y alcanza siempre al culpado
adonde quiera que está.
(Arrodíllase la reina Ester junto al trono y Amán se levanta y empuña la espada.)
AMÁN. Muera quien ha entrado aquí.
REY. Detenéos, ¿adónde vais?
que si esta vida quitáis
me la quitaréis á mí.
¡Jamás á la Reina ví
tan hermosa! ¡Es un asombro!
Suyo soy, suyo me nombro:
Ester viva, que en señal
de clemencia el cetro real
la he puesto ya sobre el hombro.
(Pónela el cetro sobre el hombro.)
AMÁN. Cayó en la culpa.
REY. Eso nó;
siempre está en pie, que al caer
la dí yo la mano á Ester,
y por eso no cayó.
ESTER. Aquí he sido sombra yo
de efecto más soberano.
(Ap.) (Virgen, si el linaje humano
cayó en la culpa de Adán,
vos nó, que Dios fué el galán
que al caer os dió la mano.
REY. Atendamos, pues, los dos,
que aunque es general la ley,
vos sois esposa del Rey,
y no se entiende con vos.
ESTER. *(Ap.)* (Eso mismo dirá Dios,
que aunque á todos toque el mal
de la culpa original
que fué nuestra perdición,

su Madre será excepción
de regla tan general.)
AMÁN. (*Ap.*) (De nuevo el Rey se enamora.)
ESTER. (*Ap.*) (Dios hace que se me incline;
pero la causa á que vine
no he de decírsela ahora.)
REY. Amán, atended ahora
mis grandes felicidades,
aplaudidme estas verdades.
Sol que sale, luna llena
y cielo en noche serena
¿no son tres grandes beldades?
La luna, luz plateada
del cielo, hermosa es sin duda;
mas hermosa que se muda,
porque es su beldad prestada,
ya está llena, ya menguada.
Pero mi Ester celestial,
astro que está siempre igual,
es con luz propia y no ajena,
luna que está siempre llena,
porque no puede menguar.
Hermoso es todo ese velo
estrellado, mas no vive;
sér más perfecto recibe
cualquier viviente desvelo:
mi esposa también es cielo;
mas tan viva en cada acción,
que almas ella toda son;
y así, con gloriosa palma,
supuesto que toda es alma,
cielo sin imperfección.
Luego tal belleza alcanza,
que es cielo, y cielo viviente,
sol, y sol sin Occidente,
luna, y luna sin mudanza;
luego en lograda esperanza
poseo, sin duda alguna,
tres hermosuras en una,
tan sin defecto y tan bella,
que se han enmendado en ella
el cielo, el sol y la luna.
ESTER. El sol es un rey tan bello,
que, con debido decoro,
forma su madeja de oro
hoy de tu mismo cabello.
La luna, aunque se renueva,
eclipsada está tan roja,
que parece que se enoja
que una sombra se le atreva
si en la oposición se eleva
cuando llena la miráis.
Vos, que aumentos no esperáis
de la ajena oposición,
como estáis cón galardón
de propia luz os llenáis.
Cuando el cielo su luz cierra
astros de noche se ven;
pero hay muchos, que también
hambre influyen, peste y guerra.
Vos, cielo en quien nunca yerra
el año, y siempre es mejor,
sois tan propicio, señor,
que es en vuestra Majestad
cada aspecto una deidad,
cada influencia un ardor.
Luego entre estos esplendores
sois sol, y sol más perfecto;
cielo, y cielo sin rigores;
y así, con tantos favores,
que dan luz, vida y consuelo,
podré vivir sin recelo,
que siendo la causa Dios,
se han perfeccionado en vos
el sol, la luna y el cielo.
REY. Suspenso hasta ahora en verte,
y en escucharte elevado,
ni me has dicho tu cuidado
ni he sabido obedecerte.
ESTER. (*Ap.*) (Ya espero más feliz suerte.)
REY. Nada, Ester, te negaré.
¡Oh, qué hermosa estás! ¡No sé
qué tiene hoy más tu beldad!
Pídeme, que la mitad
de mi reino te daré.
ESTER. Dios me guía, y yo le sigo;
pero yo os pido un favor,
que vais vos, y Amán, señor,
mañana á comer conmigo.
REY. Amán, ¿qué diremos?
AMÁN. Digo,
señor, que iré á obedecer.
REY. ¿Tan dichoso habéis de ser?
Vén, que acompañarte quiero:
sépase que Amán y Assuero
son convidados de Ester.
ESTER. En mi semblante se muestra
que voy muy favorecida.
REY. Ester, en tí está mi vida.
ESTER. La de todos en la vuestra.
REY. Siendo mía, dí que es nuestra.
ESTER. Lazo de amor las juntó.
REY. Pasa el tiempo, el vivir nó.
ESTER. Viva vuestra Majestad
igual con la eternidad.
REY. Y tú, Reina, lo que yo.

JORNADA TERCERA

Salón.

Salen el REY, vistiéndose, EGEO, CAMBISES, DARÍO y criados.

(*Habrá un bufete con el vestido del Rey y un libro.*)

REY. ¡Hola!
EGEO. ¿Señor?
REY. No he querido
conceder á mi cuidado,
ni las paces de casado
ni las treguas del olvido.
Tan despierto como ahora
pasé la noche: esperaba
la luz y nunca llegaba.
EGEO. Pues ya el sol sigue á la aurora.
REY. Con todo, alguna deidad
hay en los reyes, que son
símbolo de la razón
y espejo de la verdad.
Ve la plebe esta ventaja,

mas no la admira envidiosa,
que ella es quien duerme y reposa
y el Rey quien vela y trabaja.
¿Pero quién no considera
el infinito poder
de Dios, en una mujer,
que no es madre y serlo espera?
Póngome yo á imaginar,
sin sér, siu forma y sin nombre,
en sus entrañas al hombre
cuando se empieza á formar.
Él lo ignora, ella se olvida,
y por modo más secreto,
el autor de todo efeto
la forma aumenta y da vida;
siendo el solo Soberano
quien hace línea sutil,
desde el primero perfil
hasta la última mano.
¿Qué es ver el duro embrión,
como el bosquejo sin arte,
ir después, parte por parte,
organizando su unión?
¿Qué es ver aquel soplo leve
de su Hacedor principal,
que le infunde alma inmortal,
con que se anima y se mueve?
Pues todo esto que se ordena,
se organiza y se dispone,
se forma, se une y compone,
y se traba y se encadena,
la traza cuida, y previene
Dios, como próvido Padre,
y está durmiendo la madre
que en sus entrañas lo tiene;
porque la causa primera
reservó tanto en su pecho,
que la misma en quien se ha hecho
no sabe de qué manera.
Tal debe su monarquía
velar el rey, porque escribe
el pueblo que ella concibe
y conserva él cada día.
Luego sin temer ruina
duerme el mundo, como velen
Dios y el rey, que unirse suelen,
uno con la ley divina
y otro con la humana ley;
porque han de formar los dos,
el cuerpo natural Dios
y el cuerpo místico el rey.
Acabadme de vestir
y entretenedme.

EGEO. ¿Vendrá
quien cante?

REY. Nó, que será
dormirme en el no dormir;
y si atento á cada acción
debe un rey velar, recelo
que malograré el desvelo
si suspendo la atención.
Traed los libros ó anales,
donde, porque eternos vivan,
he mandado que se escriban
los servicios más leales
de mis vasallos. Yo sigo
opinión particular:
los dos polos del reinar
son el premio y el castigo.
Dar muchos premios deseo,
donde es con obras la fe.

EGEO. *(Toma el libro.)* ¿Por dónde comenzaré?

REY. Por los últimos.

EGEO. Ya leo.
(Lee.) Memoria de los servicios
que en el año, ó la estación
séptima de su reinado,
el rey Assuero premió;
en este mes de Teber...

REY. Decid.

EGEO. Amán, con amor
de fiel vasallo, dió al Rey
un arbitrio que apreció
en diez mil talentos de oro.
y el Rey dió todo el valor
del arbitrio al mismo Amán.

REY. Fué poca demostración
para lo que yo le estimo.

EGEO. Celso Portal le escribió
un panegírico al Rey,
y el Rey, no sin intención,
le dió una arroba de cera.

REY. Sí, que la cera libró
de las sirenas á Ulises,
que por no oir su canción
engañosa, los oídos
con la cera se tapó.
Confiésoos que con lo dulce
de su falsa adulación
peligrara yo, pues él
hallará otro adulador
que le celebre la cera,
y se pondrá en la ocasión
de verse en el mismo riesgo
en que entonces me ví yo.

EGEO. Delante del rey Assuero
preguntó Amán á Solón
si podía haber (pues él era,
después del Rey, el mayor)
otro más dichoso que él.
Más dichoso (respondió
el filósofo) fué Taba,
que fué gran despreciador
de los bienes de la tierra.
Después de éste (replicó
el mismo Amán) ¿quién ha sido
el más dichoso? Otros dos
(dijo Solón) que dejaron,
no sólo la posesión,
sino el afecto á esos bienes.
Y Amán dijo: ¿Y no soy yo
dichoso también? Entonces
Solón, alzando la voz,
dijo: Poderoso eres,
y rico, dichoso nó,
que hasta el término en que pára
esa carrera veloz
del vivir, nadie hay dichoso,
y tú, Amán, aun vives hoy.

REY. Por tan dulce desengaño
le dí un rubí como un sol,
por dar luz á quien la daba;
pero él, que no le aceptó,
me dijo: No puedes darme
(siendo rey ó emperador)
de lo que yo necesito,
si no me das la atención
de los giros que el sol hace.

Y corrido, vive Dios,
de lo poco que un rey puede,
me quité, sin dilación,
un reloj del pecho, y dije:
Mucho envidio á este reloj,
que él te dará á todas horas
lo que no he podido yo.

EGEO. Setar, valiente soldado,
prendió á Floro, salteador,
que confesó que tenía
intento de ser ladrón
por diez años solamente:
fuélo uno, y sólo hurtó
diez mil ducados.

REY. ¿Qué dí
á Setar por la prisión?

EGEO. Noventa mil; y los diez
hurtados restituyó
vuestra Majestad al pueblo.

REY. Fué atenta restitución,
que si este ladrón lo ha sido
por mi descuido, yo soy
quien dió causa al daño: luego
quien lo ha de pagar soy yo.
También lo que dí á Setar
fué paga.

EGEO. ¿Paga, señor?

REY. Sí, que son noventa mil
los que Setar me excusó.

EGEO. De qué modo?

REY. De este modo.
Porque si debo, en rigor,
lo que hurta el ladrón, y que él
en sólo un año robó
diez mil, y en los otros nueve,
conforme á cuenta y razón,
los noventa mil robara,
y éstos á Setar los doy,
no le doy más de lo mismo
de que yo fuera deudor.

EGEO. Entretuvo al Rey la noche
Alfajad, y el Rey le dió
tres mil ducados de renta.

REY. Entretendráme mejor
teniendo gusto.

EGEO. Él pedía
tres reales de una ración.

REY. Él pedía como él,
y yo le dí como yo.
Adelante.

EGEO. Avisó al Rey
Mardoqueo la traición
de Farés y Bagatán.

REY. Ya supísteis que los dos
se murieron en la cárcel,
de pesar ó de temor.

CAMBISES. (*Ap.*) (Mejor dirá del veneno.)

REY. Proseguid la relación.

EGEO. (*Lee.*) Mardoqueo me dió á mí
la vida.

REY. ¿Qué le dí yo?

EGEO. Nada hay aquí.

REY. ¿Cómo nada?

EGEO. Todo el capítulo estoy
leyendo, y no hay nada en él.

REY. No sé quién me divirtió
al tiempo que quise honrarle:
igual á la obligación
fué el yerro: ¿quién está fuera?

EGEO. Amán.

REY. ¿Amán?

EGEO. Sí señor.

REY. ¿Pues cómo no entra? Llamadle.

Sale AMÁN.

AMÁN. (*Ap.*) (Se ve desde el mirador
de mi palacio una horca
que mi venganza erigió,
de cuarenta codos de alto;
y supuesto el gran favor
que su Majestad me hace,
seguro á pedirle voy
que me entregue á Mardoqueo,
mi infame competidor,
que por eso he madrugado
antes que saliese el sol.)

REY. Seáis, Amán, bien venido:
abrazadme.

AMÁN. (*Ap.*) (¿Qué no hará
por mí el Rey?)

REY. Discreto sois;
y así os consulto, ¿qué pompa,
qué aplauso, qué ostentación
hará un rey por un vasallo
á quien quiere dar honor?

AMÁN. Por mí lo dice. (*Ap.*) (La Reina
á comer me convidó,
y él quiere hacerme igual suyo:
pensándolo bien estoy.
Esta honra es mía: error fuera
no darme á mí la mayor.)

REY. ¿Habéislo pensado?

AMÁN. El Rey
debe, según mi opinión,
ordenar que á ese vasallo,
á quien quiere dar honor,
con las reales vestiduras,
con el cetro y esplendor
de la real diadema, pongan
sobre el más bello bridón
de la persona del Rey,
y que el príncipe mayor
de Susán, lleve el caballo
de la rienda, y á alta voz
diga, porque conste á todos:
«El rey así lo mandó:
así honra el rey Assuero
á quien quiere dar honor.»

REY. ¿Parécenos honra bastante?

AMÁN. Vedlo vos desde un balcón,
y la Reina con las damas.

REY. Pues supuesto que vos sois
el mayor príncipe, Amán,
dando ese mismo pregón
por la ciudad, y llevando
de rienda el caballo vos,
honraréis á Mardoqueo:
mirad que os lo mando yo,
y que no faltéis á nada,
pena de mi indignación.
¿De qué habeis enmudecido?
Mardoqueo, vive Dios,
merece más, y es mi gusto:
ponedlo en ejecución.

AMÁN. (*Ap.*) (¡Cielos, qué mudanza es ésta!)

REY. ¿Qué decís?

AMÁN. Digo que voy

á obedecer y á morir,
que esta es ya resolución.
REY. ¿Amán?
AMÁN. ¿Señor?
REY. Con la Reina
habemos de comer hoy.
AMÁN. (*Ap.*) (¿Qué haré en tal trance?)
REY. Haced luégo
lo que yo os mando.
AMÁN. Ya voy. (*Vanse.*)

Exterior del palacio.

Salen ALFAJAD y BALDA.

BALDA. Si la dicha va delante
á ser princesa me aplico.
ALFAJAD. Mujer, no es bueno ser rico;
no dormí anoche un instante.
BALDA. Póngase el dinero en renta.
ALFAJAD. Calla, que si nos hacemos
más cortesanos, daremos
de todo muy buena cuenta.

Sale MARDOQUEO con un saco.

MARDOQ. ¡Oh mi Alfajad! Dios os guarde.
Ayudad á Mardoqueo
á llorar; ved que me veo
pobre, afligido y cobarde,
y en pena tan desigual
me consolaré con vos.
ALFAJAD. Ya no lloramos los dos,
porque somos ricos ya:
idos, pues, y hablad allá
con los hombres como vos.
MARDOQ. De un saco el cuerpo vestido,
y ceniza en la cabeza,
ya en Dios la piedad empieza,
pues penitente la pido:
fuego el pesar, rabia ha sido,
ceniza es ya, porque ciego
de llorar, se apague el fuego;
mas quizá el agravio atiza,
y entre la misma ceniza
guarda carbones el fuego.
Gran Dios, mucho os ofendí;
mas redimidme, Señor,
que para ser Redentor
no habéis menester de mí
mis bienes, mis males sí;
porque si os queréis mostrar
médico tan singular,
para glorias inmortales,
sufrid, gran Dios, que haya males,
ó no tendréis que curar.
Yo confieso mi vileza,
polvo soy, ceniza y nada.
BALDA. ¡Marido, estoy lastimada
de su vejez y pobreza!
ALFAJAD. Parece que de tristeza
no está el pobre viejo en sí:
apartémenos allí,
que he de ver á lo que viene.
MARDOQ. ¿Quien tantas clemencias tiene,
tendrá alguna para mí?
¿Si saldrá Ester á la reja?

Sale ESTER á la reja.

ESTER. De paso he llegado aquí
por consolarte.
MARDOQ. ¡Ay de mí!
que es sin alivio mi queja.
ESTER. Aun hay esperanza; deja
que coma hoy el Rey conmigo,
y este Amán, nuestro enemigo.
MARDOQ. Sé que es mudable la suerte,
que va delante la muerte,
que yo la temo y la sigo.
Siempre á la fortuna tuve
por una rueda de noria,
donde es nuestra vanagloria
arcaduz, que baja y sube:
yo en el hondo abismo estuve,
y Amán en la cumbre, ya
natural cosa será,
cuando la vuelta haya dado,
bajar él donde yo he estado,
subir yo donde él está.
ESTER. Pues haga el tiempo su oficio,
ande la voluble rueda,
que no sabe estarse queda
en este humano ejercicio:
vestido estás de cilicio;
mas no es el mayor trabajo
ser el arcaduz más bajo
de la rueda sucesiva,
que se vierte el que está arriba
y se llena el que está abajo.
MARDOQ. ¡Ay, Ester! que yo pensaba,
viéndote reina, llegar
al más supremo lugar
que mi ambición deseaba;
mas si el mundo, que rodaba,
como acabas de decir,
bajando y subiendo ha de ir,
el mismo ingenio celebra,
que hay arcaduz que se quiebra
antes que empiece á subir.
Una horca ha hecho Amán
de altor de cuarenta codos,
que es para mí dicen todos.
ESTER. ¡Dios de Israel, dónde están
los milagros del Jordán,
y los que en el mar Bermejo
obró el divino Consejo!

Salen AMÁN y DARÍO.

AMÁN. Yo estoy sin alma, Darío;
llamad vos á ese judío.
DARÍO. Amán te llama, buen viejo.
MARDOQ. Ester, Amán me ha llamado.
ESTER. ¿Qué puede ahora querer?
MARDOQ. Llevarme al suplicio, Ester.
ESTER. Ese es ya mayor cuidado.
MARDOQ. ¡Hay trance más apretado!
ESTER. ¿Hablaré al Rey?
MARDOQ. Reina, sí.
¡Tenga Dios piedad de mí!
ESTER. Dios castigue este homicida.
MARDOQ. Yo te deberé la vida.
ESTER. Y yo la daré por tí. (*Vase.*)
MARDOQ. Decidme, ¿dónde me lleva
la crueldad? ¿Voy por engaño
á morir?

DARÍO. (*Ap.*) (¡Suceso extraño!)
MARDOQ. Amán, ¿qué quieres?
AMÁN. (*Ap.*) (¿Hay prueba
de sufrimiento más nueva?)
Vén, amigo, y lo sabrás.
¡Ojalá mientras estás
viéndome verter venenos,
que tú lo sintieras menos,
ó que yo vertiera más! (*Vanse los tres.*)

Salen BALDA y ALFAJAD, y luégo ATAC.

BALDA. Marido, Amán se ha llevado
á Mardoqueo.
ALFAJAD. Esto es hecho.
¿Llevóle Amán? Pues sospecho
que tendremos ahorcado.
Mas esperad, aquí viene
á la plaza de palacio
toda la ciudad.
ATAC. (*Sale.*) Despacio
lo diré yo, que me tiene
el caso fuera de mí.
ALFAJAD. ¿Quién sois?
ATAC. ¿No me conocéis?
Atac soy; si no me veis,
anteojos están aquí.
ALFAJAD. ¡Ojalá tuviera antojos,
que deseo sucesor
en mi casa!
BALDA. Mi señor,
yo os quiero más que á mis ojos.
¿Don Alfajad?
ALFAJAD. Doña Balda,
llamémonos señoría.
Vaya, hable al Rey usía.
BALDA. ¡Quién me llevara la falda
para entrar yo como Ester!
ALFAJAD. Decid qué hay de nuevo ahora,
porque lo oiga mi señora
doña Balda mi mujer.
ATAC. (*Ap.*) (¡Cayéndome estoy de risa!)
Yo os lo contaré de paso;
pero nó, que el mismo caso
nos lo dirá bien aprisa,
que ya los reyes están
al balcón. (*Suena música.*)

Salen al balcón la REINA, el REY y damas.

ESTER. ¡Qué mal resisto
este mi afecto!
ZARÉS. (*Ap.*) (No he visto
desde esta mañana á Amán,
ni sé qué alboroto es éste,
que el Rey no me ha dicho nada.)
ESTER. (*Ap.*) (Dios desenvaine la espada
y la traición manifieste.)
REY. (*Ap.*) (Gran poder tiene este Dios
que con tal fuerza obra en mí.)
Aplaudamos desde aquí
á Mardoqueo los dos. (*Suena música.*)

Salen MARDOQUEO á caballo, por el patio, vestido de gala, con corona y cetro, y AMÁN lleva la rienda del caballo, y acompañamiento.

ZARÉS. ¿Qué es lo que estoy viendo?
AMÁN. Persas,
árabes, sirios, sidonios,
partos, medos, babilonios,
cuantas naciones diversas
concurrís hoy, dad lugar,
y oid lo que yo os refiero:
que así honra el rey Assuero
á los que pretende honrar.
MARDOQ. Viendo estoy tus grandezas, Dios inmenso,
y entonces pienso en ellas, cuando pienso
que Dios eres inmenso, incomprensible,
sol de justicia, luz inaccesible.
¡Oh, cómo triunfas por diversos modos!
Aquí, señor, parezco rey á todos
con el cetro en la mano,
mas servirte es reinar, Rey soberano:
luego si te he servido,
hoy lo parezco si antes lo había sido.
ESTER. Señor, María, de Moisés hermana,
celebró otra victoria soberana,
como ella cantar quiero:
ahogóse el caballo y caballero.
ZARÉS. ¡Mundo, todo eres portentos!
REY. Id por toda la ciudad,
como he mandado, y tocad
otra vez los instrumentos.
UNOS. ¡Gran dicha!
OTROS. Todos es justo
que aplaudan al vencedor.
REY. ¿Amán?
AMÁN. ¿Qué mandais, señor?
REY. La Reina manda, y yo gusto
lo volváis á publicar
otra vez.
AMÁN. (*Ap.*) (De afrenta muero.)
Así honra el rey Assuero
á los que pretende honrar. (*Vanse.*)

Salón.

Salen CAMBISES y DARÍO.

CAMBISES. Parece que por los dos,
con oculta providencia,
intercedió la clemencia
con la justicia de Dios;
pues Farés y Bagatán
murieron presos, y el Rey,
que así ejecutó la ley
hasta con el mismo Amán,
no supo que la traición
os tocaba á vos y á mí:
no hablemos más de Bastí.
DARÍO. Con esta resolución
viene á aqueste cuarto Ester;
sirvámosla, pues, fielmente,
que el parecer más prudente
es mudar de parecer.
Luégo habemos de asistir
á la mesa: el Rey quedaba
con la Reina ahora, y daba
mucha prisa para ir.
¡Con qué intención le convida!
Yo temo, según la priesa,
que en poniéndose á la mesa
se ha de acabar la comida.

Sale ATAC.

ATAC. ¡Gran fiesta tiene en su cuarto

la Reina! y es otra ya:
poco ó nada comerá
Amán, que quedó muy harto
de esotra fiesta de hoy. (*Suena música.*)

CAMBISES. Esta seña es la vianda.

ATAC. Veré si la Reina manda
darme algún plato: allá voy. (*Vase.*)

Salen todos con fuentes en las manos y dan vuelta al tablado, y después ATAC con un plato de manjar blanco.

ATAC. ¡Qué diferente es Ester!
El manjar blanco ordenó
que me diesen, como viejo:
aquí escondido lo dejo.
(*Pónele á un lado del tablado y vase.*)

Sale ALFAJAD.

ALFAJAD. ¡Bueno! el pájaro cayó;
poco á poco quiero ir,
miéntras que pasa la troja:
manjar blanco se me antoja,
pues yo no he de malparir.
¡Oh, qué lindo está! Bendito
Atac, pues que lo dejó
donde lo topase yo.

Sale ATAC.

ATAC. Aquí me dejé escondido
mi plato; á buscarle voy.
Pero ¿qué es esto? ¡ay de mí!
¿Quién se lo llevó de aquí?
¡Perdiendo mi juicio estoy!
Aquí le dejé escondido:
Alfajad, ¿qué es lo que hacéis?
¿El manjar blanco coméis?

ALFAJAD. No lo como, helo comido.

ATAC. Es frialdad, y muy grosera.

ALFAJAD. Atac, ¿mas que no es frialdad
si la probáis?

ATAC. Alfajad,
¿mas que os cuesta la montera?

ALFAJAD. Atac, ¿mas que os desataco
si tal hacéis?

ATAC. Si arremeto,
¿mas que en el plato os la meto?

ALFAJAD. ¿Mas que del plato os la saco,
y me como, como estotro,
lo que se ha pegado en ella? (*Vase.*)

ATAC. El Rey es justo, Ester bella;
Amán estaba muy potro,
y le domará la ley
del Fuero, y sabrá de vara
y de rienda, si no pára.

Sale ALFAJAD con dos platos de nueces.

ALFAJAD. Dos platos me ha dado el Rey:
caballeros, dad lugar
á este noble caballero,
que así honra el rey Assuero
á los que pretende honrar. (*Cae.*)

ATAC. En tierra con todo ha dado:
venguéme, cayó, cayó.

ALFAJAD. Vengóse, mas no comió,
porque todo se ha rodado. (*Tocan.*)

ATAC. Estas son las chirimías,
que come el Rey por la posta.

ALFAJAD. Harále á Ester menos costa;
convidéle muchos días.

Salen el REY, la REINA, AMÁN y CRIADOS.

REY. Reina, ya habemos comido,
conque obedecida estás.
¿Pretendes más? ¿quieres más?

ESTER. Sí, Rey, audiencia te pido.
Gran emperador Assuero,
monarca el más poderoso
de partos, medos y egipcios,
de persas y babilonios:
supuesto que el reino debes
al Rey, que es Rey por sí solo,
y está en el reino supremo
representando tu solio;
á este Rey imita, Rey,
esta idea te propongo;
y cuando gran rey te pinto,
de tanto ejemplar te copio.
Misericordioso es Dios
y justiciero; mas noto
que nunca fué justiciero
sin ser misericordioso;
pues hasta los condenados,
que ve con ira y con odio,
aun menos de lo debido
le pagan en lo forzoso.
El pueblo de Jeremías,
que yace en los calabozos
de Babilonia y de Persia,
cautivo, triste y medroso,
por soberbia, envidia, astucia,
rabia y despecho de un mónstruo
mi enemigo; no quisiera
nombrarle, pero le nombro
diciendo sus atributos.
Éste, pues, (¡inmenso gozo
siento en el alma y el cuerpo!)
éste, señor, (¡no sé cómo
resistir tan fuerte influjo!)
no pienses que el alboroto
á la suspensión suspende
en los órganos ya roncos;
esta voz articulada,
porque miro en siglos de oro
feliz redención, pues siendo
original misterioso
esta figura en mi idea,
fué tan soberano estorbo,
que llevó tras sí la lengua
y tras la lengua los ojos.
Cuando el querub arrogante,
sobre el zafiro Piropo
del monte del Testamento
quiso colocar su solio;
cuando en el eje, crujiendo,
cargados, no sé qué solios,
con el peso de una culpa
once incorruptibles globos,
Dios, ya ofendido, parece
que estremecidos los polos
por arrojar de sí el peso
sacuden entrambos hombros,
y el querub, culebreando
en círculos tortuosos,

ó rayo, ó sierpe de fuego,
bajó al abismo más hondo,
intentó la envidia de éste
que pereciésemos todos;
no será así, que al dragón
con pies sigue virtuosos
mujer fuerte, y le hollará
quitando á Dios el enojo.
Que no quiso Dios sin ella
reformar daños ni odios,
criándola sin la culpa
en que incurrimos nosotros.
Porque mirándola, dijo:
Yo, que con el Verbo formo
el cielo, el aire y la tierra,
por Reina de nueve coros
la elijo, y Madre del Verbo,
y aunque soy dueño de todo,
si nada formo sin él,
nada sin ella reformo.
De esta mujer, rey Assuero,
soy un bosquejo, aunque tosco,
que cotejada conmigo,
cuando más virtudes toco,
soy más humilde pintura,
y pintura en quien conozco
que si en ésta hay algo bueno,
son sombras, y yo soy polvo.
Si Dios por una mujer
ha de reformarlo todo,
otra mujer, sombra suya,
te há menester generoso.
Vive Dios, viven los cielos,
que linces, con tantos ojos
de estrellas, ven las verdades,
que nunca, en mucho ni en poco,
te ofendí yo ni mi pueblo.
Rey, señor, amigo, esposo,
¿por qué he de morir sin culpa?
mi causa en tus manos pongo.
Clemencia, gran Rey, clemencia:
mi pueblo llora, y yo lloro.
Dijiste: Yo los condeno.
Pronuncia: Yo los perdono.

REY. Reina, ¿qué es esto que dices,
que no te entiendo y te oigo?
¿Quién fué, con veneno oculto,
dragón tan presuntuoso
que osó á la Reina...?

ESTER. Este Amán,
á quien diste el sello de oro
en tu real anillo; él es
quien te engañó cauteloso,
y á mi pueblo ha condenado.

REY. ¡Mucho haré si me reporto!
Traedme aquí á Mardoqueo. *(Vase.)*

AMÁN. *(Ap.)* (El Rey, demudado el rostro,
se fué y me miró indignado.)
Reina, gran peligro corro
si tu divina hermosura
no quita al Rey el enojo:
intercede por mí, Ester.

ESTER. Amán, voime y no respondo.

AMÁN. Nó, señora, no te has de ir.
Reina hermosa, á quien adoro,
dame la vida.

Salen el REY, MARDOQUEO y CRIADOS.

REY. ¿Qué es esto?
¿aquí, y á mis propios ojos
se atreve á la Reina? ¿hoy junta
lo atrevido á lo alevoso?
Cúbranle, al uso de Persia,
con un cendal negro el rostro,
y muera en la misma horca
que erigió á cuarenta codos
para sí, no para vos,
Mardoqueo. *(Échanle un velo y llévanle.)*

MARDOQ. Este es notorio
castigo de Dios.

ESTER. Sabrás,
oh dueño y señor....

REY. No ignoro
que eres hebrea.

ESTER. Ya sabrás,
para que lo sepas todo,
que Mardoqueo es mi tío.

REY. Ya por deudo le conozco:
en lugar de Amán, le doy
el sello real, porque él propio
contra los edictos dados
pueda así despachar otros.

ESTER. Supla el discreto senado
las faltas, que de este modo
tendrá Amán y Mardoqueo
fin y principio dichoso.